

LA REVOLUCIÓN DE TRUJILLO

Insurgencia y barbarie

7 de julio de 1932

Documento de Trabajo
Plataforma Horizonte Posible

BARBARIE Y SEPULCRO

La revolución aprista de Trujillo, del 7 de julio de 1932 (*)

En los años 30 del siglo pasado, el Perú sufría una creciente violencia derivada de la crisis económica que sumía en la pobreza, fundamentalmente a los trabajadores del campo y la ciudad, hecho que se sumaba a los niveles inhumanos de explotación al que eran sometidos.

En el norte del país, la localidad de Trujillo, en la región de La Libertad, se convertía en una especie de «ciudad refugio» debido a la notable influencia del movimiento aprista entre la gente, lo que originaba una protección espontánea que los ciudadanos brindaban solidariamente a los integrantes de la resistencia civil al gobierno de Luis Miguel Sanchez Cerro. El activismo aprista había logrado un alto nivel de organización, en tanto, el ambiente social, nucleaba la protesta de los más importantes movimientos sindicales, orientando la lucha política y logrando dar forma a un proyecto revolucionario inspirado en los valores del cambio y la justicia social que trazó una línea de respeto a la vida.

El gobierno respondió las movilizaciones con fuerte represión y fueron detenidos numerosos dirigentes sindicales, políticos y sociales y el propio Victor Raúl Haya de la Torre lo que produjo un conjunto de acciones que se iniciaron cuando los marineros tomaron los principales navíos de La Martina en el Callao en medio de una controversia que fue desatando la rebeldía popular y que produjo, la madrugada del 7 de julio de 1932, una

revolución alentada por todas estas circunstancias, pero exacerbada por el pernicioso estado de exclusión del pueblo frente al poder, el abuso y la opresión que sufrían los indefensos, así como el fraude electoral producido en octubre del año 1931 que le arrebató a Haya de la Torre la presidencia de la república.

El día señalado, la ciudad de Trujillo amaneció convulsionada, y tras una intensa movilización del campo a la ciudad, la columna principal que lideró el mítico comandante Manuel Barreto Risco, “Búfalo” integrado por obreros y campesinos al que se

fue sumando el pueblo a su paso, avanzó y tomó el Cuartel Militar, la Plaza de Armas y las principales dependencias públicas, en tanto los principales accesos a la ciudad, eran resguardados por grupos de montoneros, como aquel ubicado en la *Plaza del Recreo* que, liderado por María Luisa Obregón, se apertrechaban dispuestos a defender su revolución, con sus propias vidas.

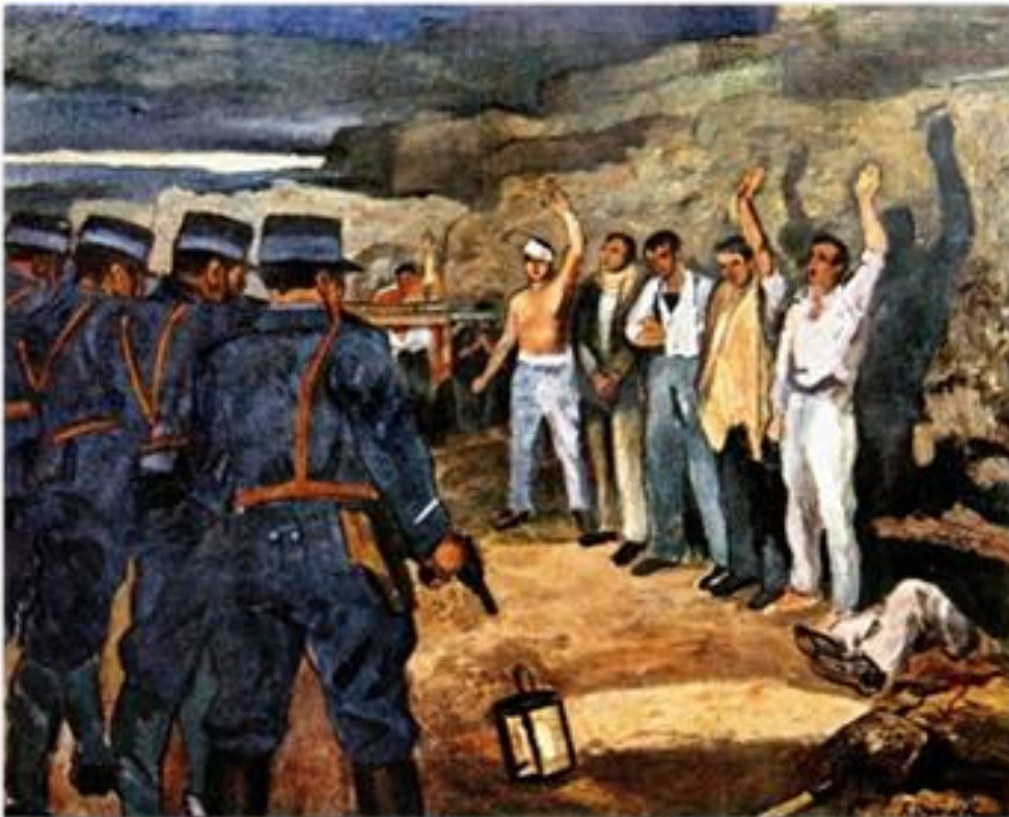


¡Ahora o nunca!, fue la voz que se escuchó en una de las reuniones previas a la insurgencia - tal como anota el historiador Alfredo Rebaza Acosta en su *Historia de la Revolución de Trujillo* -, donde señala que se cumplió la voz de orden con un resultado victorioso y que, entre los más significativos actos populares producidos tras la insurgencia popular, el pueblo eligió democráticamente a su principal comandante, Agustín Haya de la Torre, “Cucho”, como prefecto revolucionario de la ciudad liberada.

Información desclasificada probó poco tiempo después, que, más allá de la leyenda y mentiras propaladas por el gobierno de la época, Trujillo fue tomada victoriosamente por el aprismo tal y como sucedería luego en Cajabamba, Huaraz, entre otros lugares testigos del alzamiento popular, mostrando la dimensión de un proceso llamado a cambiar al país.

Sin embargo, Sánchez Cerro, el cruel gobernante, notificado de los sucesos, promulgó una nueva Ley de Estado de Sitio en toda la república, insistió en declarar ilegal al aprismo, perseguir al movimiento sindical y movilizar a las fuerzas armadas con rumbo al norte del país, *disponiendo el bombardeo criminal de la ciudad de Trujillo*, encargada a una cuadrilla de aviones que produjeron un genocidio entre población civil.

El desarrollo de la masacre y un conjunto de ejecuciones extrajudiciales producidas en *caravanas de muerte*, cuyo destino eran los improvisados *paredones* acondicionados en los arenales de la ciudadela pre inca de Chan Chan, pusieron en evidencia que, sin límite alguno, ni rastro humanitario, se impuso una lógica perversa cuya consecuencia de muerte, fue insuficiente para vencer la alta moral de los combatientes que resistieron heroicamente, dando ejemplo de valor que constituye una heredad inmarcesible para el noble pueblo aprista



que sometido a una cruel persecución continuó viviendo su martirologio entre la persecución, la cárcel, la resistencia y las catacumbas .

Las estadísticas derivadas del número de ciudadanos votantes en las elecciones fraudulentas del año anterior, versus, las denuncias ante organizaciones humanitarias, los heridos atendidos por las entidades de salud y médicos particulares, los desaparecidos, los cuerpos recuperados para darles sepultura y la visible reducción de la población trujillana tras los sucesos, arrojaron el terrible saldo de más de 6,000 víctimas, algunas de las cuales, solo pudieron ser identificadas por detalles en sus cuerpos o parte de las vestimentas encontradas por familiares y compañeros, mucho antes que el mundo supiera de experiencias tan dramáticas como las del *Holocausto judío* o lo que expresa *Guernica* en la genial obra de Picasso, respecto de la guerra civil española.

Un año después, en 1933, en una experiencia que no fue la única, aún se hallaban semienterrados, despedazados y desperdigados por la furia de los animales carroñeros, los restos humanos que fueron ocultados con apremio por los pelotones de fusilamiento para evitar las miradas impertinentes que pudieran sindicar las responsabilidades del gobierno y, desde luego, para impedir que el lugar se convirtiera, con el tiempo, en zona de peregrinación, acelerándose tal vez, por esa misma causa, la declaración de algunas zonas específicas -no arqueológicas-, en las ruinas de Chan Chan, como zonas intangibles.

Hasta aquel lugar, en peregrinaje agónico, con una discreta escolta y en distintas horas del día y la noche para eludir a sus perseguidores, una y otra vez, llegaría el propio Víctor Raúl Haya de la Torre, quien hasta el final de sus días, mantuvo su tributo, depositando flores silvestres y recogiendo en viril llanto cada vez que a su paso encontraba restos humanos a ras del suelo o recordando las dramáticas imágenes que se agolpaban en su mente, significando, la importancia del testimonio de miles de hombres y mujeres que, sin dudas ni condicionamientos, lo dejaron todo por entregarse a una lucha desigual pero honrosa por la libertad, que no ha tenido entonces, ni ahora, una Comisión de la Verdad, ni la reivindicación que merece. Lo que Haya de la Torre llamó *el juicio justo de la historia* ha dado un veredicto declarando la heroicidad de estos auténticos héroes revolucionarios que dieron su vida por la libertad. ¡Honor y Gloria!



Eleuterio Medrano Ch., quien lideró la insurrección aprista de los valerosos marineros; comandante Agustín Haya de la Torre “Cucho” en fotografía en la clandestinidad; Manuel Barreto Risco “Búfalo” y María Luisa Obregón Sarmiento, montonera y líder de la heroica resistencia aprista y trujillana.

(*) Tomado del Libro “Combatientes sin tiempo” de German Luna Segura.